



# Somos mexicanos, che

*Moisés Elías Fuentes*

ES FÁCIL EXPLICAR CÓMO Y EN QUÉ CIRCUNSTANCIAS llegué a México, hacia el año de 1985, o por qué, después de varios años de resistencia y reticencia, opté por naturalizarme mexicano, hacia el 2007. Ambos asuntos fueron, por decirlo así, burocráticos.

Lo complicado estriba en explicar en qué momento dejé de ser un nicaragüense en México y devine un mexicano en Nicaragua. Quiero decir, aún no entiendo en qué momento o bajo qué acontecimientos decidí ser un nicaragüense mexicano que se cree mexicano nicaragüense. Lo único que tengo claro es que cuando viajo a Nicaragua no pasa un día en que no extrañe la ciudad de México en época de lluvias, lo que, supongo, me hace un refinado sadomasoquista, y que hay días en que, sin que venga a cuento, me sorprende extrañando el baño maría de la Managua de marzo y abril, lo que ya implica tendencias casi suicidas.

Eso sí, en los lugares donde no ocurrió la revoltura de las nacionalidades fueron en las oficinas del Instituto Nacional de Migración ni en los puestos de revisión de documentos en el aeropuerto de Managua. En el Instituto siempre tuve claro que era simple y llanamente un nicaragüense más en México; en el aeropuerto, las vueltas y revueltas a mi pasaporte mexicano y los gestos de suspicacia no me han dejado dudas de que soy mexicano.

Fue en 1995 la primera vez que me presenté ante las autoridades de Migración, cuando la delegación regional quedaba en un edificio a las afueras de la glorieta del metro Insurgentes, lo que no dejaba de tener su ironía poética: un edificio de estrechos pasillos en que no quedaba más que



estrechar lazos de efímera amistad para no morir de aburrimiento durante las esperas de audiencia servía a su vez para contener los posibles brotes de insurgencia del montón de extranjeros que ahí nos hacinábamos —perdón, que ahí nos congregábamos— a la espera de atención.

Durante diez años mi estatus migratorio era el de hijo de diplomático, toda vez que mi padre fue agregado cultural de la Embajada de Nicaragua en México. Pero a fines de 1994 mi padre y mi madre decidieron regresar a Nicaragua, mientras yo preferí continuar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Al principio, la elección no me resultó agresiva: como hijo de un diplomático de país tercermundista ya estaba acostumbrado a que la democracia sólo existe en el metro, las fritanguerías y las fiestas de quince años con lona y sonideros en media calle. Suponía que eso era suficiente para aspirar a la forma migratoria 3, FM3 para los iniciados.

Obviamente, no lo fue. Me lo advirtió mi amigo uruguayo Pablo Roig, verdadero *attitré* en menesteres migratorios: “No tenés suficientes documentos, hermano.” Fue inútil mi insistencia de que contaba con todo. “Nunca vas a tener todo. Los institutos de migración los fundó Kafka”. En efecto, la lista de documentos y la capacidad de éstos para reproducirse me parecieron una perversión de aquel “Volveré y seré millones” que se supone dijo el héroe: millones de inmigrantes con millones de papeles invaden como plaga lo mismo a los países pobres como a los ricos.

Hojas y más hojas... y fotografías. Fotos de perfil, de frente, tamaño infantil, tamaño filiación, tamaño pasaporte, retocadas en blanco y negro o a color, con nombre y firma por la parte posterior. Nunca me he sentido tan cerca de la fama como en esos días, firmando por la parte posterior una y otra fotografía, y como buena celebridad ni siquiera me fijaba en el destinatario de la foto. Cosas de la farándula.

Lo más curioso de todo es que después de esa primera experiencia en el INM, no me pidieron actualización de fotografías. Supongo ahora que estarían

seguros de que mis mayores cambios serían que me haría más calvo, canoso y negro de lo que de por sí era. O acaso se trataba de una prueba de fe, vía crucis veraniego para extranjeros obstinados en seguir jugando al extranjero en México.

Obstinados, además de tercicos, porque había que ser terco para llegar al INM con cara de circunstancia, a sabiendas de que tenías meses de no actualizar tu documentación, sobre todo si no contabas con alguno de los abogados “coyotes” que abundan en el Instituto y sus alrededores. Si además te habías peleado con tu mujer entonces se agregaba una nueva cereza al pastel.

Ese jamás fue mi caso, ni lo volvería a ser. Si mientras explicaba al ministerio público en qué incidente y cómo perdí la FM3 y el pasaporte me sentí ridículo, cuando se lo explicaba a la secretaria del Consulado me sentí idiota, pues ella misma me había sugerido que por si las dudas siempre mantuviera mis documentos fuera del alcance de los niños y de los enojos de mi mujer, que se convirtió en mi ex mujer y me dejó, dulzuras del amor, sin nada para demostrar que yo era un perro vacunado.

Con varios meses de vencido el permiso de estancia y sin documentos, se deben tomar medidas extremas y aguantarse la ridiculez y la idiotez. Y he aquí que me ves explicándole a una amiga que necesitaba de ella algo sencillo: una carta de solidaridad en que expresara que estábamos profundamente enamorados, que vivíamos en unión libre en su casa y que me apoyaba en todo para que continuara en México. Ah, y un detalle más, que no se me fuera a casar en el transcurso de un año. Sencillo.

Fue y es buena amiga, pero todavía no consigo que deje de reírse de mí cada vez que nos vemos. Así se debe haber reído el funcionario de migración que me recibió los papeles correspondientes al día siguiente de ver a mi amiga. Y debe seguirse riendo en cada ocasión que recibe una de esas “cartas de solidaridad”.

Claro está, para cuando a mí me tocó visitar el INM, éste había dejado su sede allá por Eduardo Molina, colindante con el Palacio de Lecumberri, la

expenitenciaría devenida Archivo General de la Nación. En aquellos gloriosos días las ventanillas y las dependencias no las atendían jóvenes profesionales o burócratas civiles bien curtidos en el servicio al público, sino una especie que no sabía lo que era reírse, salvo arrestando a alguien: los policías judiciales.

Si habías llegado de alguno de los países de Centroamérica arrasados por dictaduras y guerras civiles, o si llegabas huyendo de las guerras sucias en el cono sur del Continente, en esas dichas oficinas te sentías como en casa: tipos mal encarados, que se notaba a la legua que no sabían lo que era la amabilidad, se te quedaban viendo como si fueran a interrogarte o a echarte el primer balde de agua fría.

Pero vuelvo a la glorieta de Insurgentes, donde no se encontraba uno esas caras tan ajenas a la hermandad entre los pueblos que pululaban en la anterior sede. En los alrededores estaban los puestos de jugos y licuados y los de quesadillas donde de nuevo podías comer una de rajitas con papas y una de queso, sobreviviente de una maratón burocrática extraña que consistía en pasarte días y días yendo y viniendo con tu semblante de extranjero, sólo para andar por la vida, un año más, confundido entre millones de rostros mexicanos. Singular privilegio de ser latinoamericano.

Un buen día fui a Insurgentes sólo para descubrir que el INM había cambiado sedes, pues ahora las oficinas centrales las habían trasladado a la avenida Homero, en Polanco, mientras que la sede regional se ubicó en avenida Ejército Nacional, en la misma colonia. Subíamos de categoría: *vade retro* a las oficinas polvorientas del eje o los pasillos estrechos de la glorieta. Por fin sedes que parecían de primer mundo, aunque la mayoría de usuarios no podíamos esconder nuestro tercermundismo.

Paraíso de primer mundo, bello y veleidoso, que uno estaba a punto de creérselo hasta que volvían las idas y vueltas y las fotocopias de las fotocopias porque ya no me formaba en la fila de estudiantes, sino en la de técnicos, científicos y profesionales, no inmigrante con actividades lucrativas.

Fue entonces que resolví evolucionar y solicité, ante la Cancillería, mi naturalización como mexicano. Según yo, con esto acabaría con los enredos institucionales, pero fue cuando comenzaron los particulares. Primerizo otra vez, no sospeché que el problema del nicaragüense mexicano pasaría de lo objetivo a lo subjetivo: ni mexicano ni nicaragüense, sino todo lo contrario.

Los trámites para la naturalización duran no menos de un año, a menos que uno tenga un banco privado en su residencia de Bosques de las Lomas o similares. Como soy del grupo de los desbancados sin residencia, esperé un año, el transcurso entre abril de 2007 y abril de 2008, para recibir la carta de naturalización.

Era hacia el mediodía en el edificio de la Cancillería ubicado frente a la Alameda Central. Varios solicitantes esperábamos a que nos llamaran para el trámite final en el que se entregan los documentos y se toma una rápida juramentación, sin apretón de manos presidencial porque hasta entre los naturalizados hay razas. Al rato de espera, nos nombraron a un argentino que estaba a mi lado y a mí.

Cada uno recibió su documento de manos de un funcionario y escuchó las palabras de juramentación. A diferencia de otros que llevaban séquito, el argentino y yo íbamos solos, así que, sin tiempo para la nostalgia, entregamos nuestro documento migratorio y recibimos las respectivas cartas. Festivos como suelen ser, el argentino volteó a verme y sentenció: "Macanudo, ya somos mexicanos, che." Aunque estuve de acuerdo, presentí que el funcionario nos arrebatara las cartas. Sin mediar palabra, tomé el folder con la carta y enrumbé hacia la calle para confundirme en la muchedumbre de mexicanos, reales o supuestos. ■■■

